

El reino de la verdad perdida

—————
Angeles Mastreta

Había que tener quince años para usar medias transparentes y zapatos de tacón, para hundirse en el ensueño de un futuro azul y luminoso que se iniciaba con el preciso y encantador deber de usar ligero y conseguir el correspondiente derecho a esconderse un papel bordado de fantasías en el centro de nuestro primer sostén.

Cumplir quince años era dar un salto irrevocable de la nada a la nada creyendo que había uno salido de la infancia para convertirse de pronto en una mujer y sus consecuencias.

En veinticuatro horas y tras un pastel más alto que los anteriores pero al fin y al cabo un pastel y una euforia, pasaba uno de tener prohibido el acceso a todo lo que fuera el mundo adulto a entrar de lleno en la obligada costumbre de asumir como si no fuera lo restringido y extenuante que debió ser.

Antes de los quince años uno podía darse el lujo de tener amigos con los que verse a escondidas en el club donde patinábamos por las tardes, pero a los quince años eso quedaba prohibido en nuestra cabeza, y nuestro desatinado corazón tenía que conformarse con la barbaridad de pensar que cada hombre al que le dirigíamos la palabra era un probable marido y como tal un enemigo en el que practicar las más complicadas tácticas y estrategias conducentes a formar un hogar. Justo eso que a los muchachos de una

pase a la página 41



Quince primaveras

—————
Marta de la Lama

El otro día mi hija Nuria que tiene catorce años me preguntó: “¿No sientes nostalgia porque ya me estoy haciendo grande?” Yo le contesté que no, que me parecía natural y deseable y que me daba mucho gusto. Ella me miró con cierto asco y me dijo: “¿Por qué no eres como las demás mamás?”. A lo cual yo respondí: “Por suerte para ti”.

Creo que no se quedó muy convencida pero se dio la media vuelta y se fue.

Yo me quedé pensando que quizás en algunas cosas mis reacciones son diferentes y que el feminismo tiene mucho que ver en eso, igual que el provenir de una familia bastante *sui generis*.



hacía a la edad de mi hija.

“Yo a tu edad. . .” Célebre frase que los pesados padres siempre emplean para reforzar la bondad de su comportamiento y lo demoníaco del de sus hijos. Yo nunca la digo porque no me parece nada ejemplarizante, ni medianamente apetitoso o divertido lo que yo hacía a la edad de mi hija.

Por principio de cuentas yo, tarada que he sido siempre, nunca me di cuenta de que era joven. es decir, por supuesto que sabía la edad que tenía, pero nunca supe que tenía derechos más allá del de estudiar y que era una etapa de mi vida disfrutable e irrepetible.


—————
Mi adolescencia transcurrió entre una escuela de monjas y las blasfemias que mi padre, como cualquier republicano español que se respete, profería teniendo como protagonistas a la Virgen y a San Pedro. (Cada

pase a la página 46

novela de la Historia interminable, se corrió la voz de que *fem* está en peligro, hay que hacer algo. Esta vez yo tenía un poco más de experiencia y decisión y me apunté y me propuse para trabajar en lo que se llamó la Primera Jornada de Amistad con *fem*.

Para mí fue una verdadera jornada, trabajamos juntas Ma. Eugenia Baz, y conocí de cerca a las firmas de tantos y tantos artículos leídos; Anilú Elías, Isabel Custodio, Sara Lovera. . . pero la que más se empeñó para que siguiera en el grupo de *fem* fue Esperanza Brito de Martí, que como en un hilito de media me fue jalando y llevando a colaborar, primero un cuento, luego una portada y otra, y otras tareas y trabajos, ya no sólo para *fem* sino también para el Movimiento Nacional de Mujeres, para la coordinadora y para la comunidad de feministas, que como una gran red coordina, opone, discute, pero al final trabaja para un mismo fin: el aprender que ser mujer es una realidad que se tiene que hacer día con día, que el destino no está definido y que el derecho a decidir sobre nuestro cuerpo, nuestra vida y nuestra sociedad tiene que dejar de ser una utopía feminista, para convertirse en cotidiano, de lo cual nadie se sorprenda.

Los quince años de *fem* son los quince años de una vida de luchas, éxitos, dudas y tomas de conciencia, de las individuales y de la sociedad y en mi caso es parte de un proceso en el cual me identifiqué con algunos postulados, otros me provocaron rabia por lo denunciado y los más fueron una puerta para salir a la realidad, a la calle que había perdido el octubre de 1968, recordé en septiembre de 1985 y disfruté en marzo de 1991.

Ha sido un largo camino, pero ha valido la pena estar en él. 

...EL REINO DE LA VERDAD PERDIDA

viene de la página 10

edad cercana les parecía lo más remoto y menos importante del mundo.

Nunca se me olvidará el gesto de terror que invadió el rostro adolescente y los ojos azules del primer niño que quiso ser mi novio.

Estábamos detenidos en el febril espacio que guardará para siempre la esquina de la 15 sur y la 11 poniente: la calle en que burbujeaba una escuela secundaria para niñas y el camino a una escuela secundaria para niños se cruzaba ahí. No hubo por esos tiempos y en esos rumbos corazón incandescente que no recibiera en aquel cruce una solicitud de amor.

—¿Te vas a casar conmigo?— le pregunté mientras nos mirábamos sin tocarnos a pesar de que casi todo lo que no tenía permiso de opinar en nuestros cuerpos intuía que eso era lo único sabio que podría sucedernos.

Tardó un tiempo en contestar, para mi orgullo intentaba responder con honradez. Se miró los zapatos, recontó con los dedos los botones de su uniforme. Su colegio militarizado daba grados y él era un cabo cualquiera. Pero entonces todavía no se le caía el pelo rubio que le tapaba la frente, despeinado y acariciable, y tenía los hombros en el lugar preciso, y seguramente todo en el lugar preciso aunque yo no haya podido comprobarlo jamás porque sus labios delgados y exactos me dijeron despacio:

—No. ¿Cómo puedo saberlo?

—Entonces ¿para qué somos novios?— le dije toda poblada del doctorado en adultez que me concedían los quince años.

Para mi desgracia el cabo no era elocuente ni capaz de mentir y estaba educado tan mal como yo. Así que no me tomó de la mano, ni caminó conmigo calle abajo hasta mi casa para que todos sus amigos y las mías pudieran celebrar nuestro acuerdo. No hubo acuerdo y aunque los vértices de mi cuerpo temblaran de tristeza lo dejé irse cobijada por la tranquilidad de mi conciencia y una certidumbre de que tenía conmigo la verdad absoluta que sólo perdí cinco años después y que aún no recupero.

También él se fue, con su razón a cuestas, a buscar la única verdad que hubiera podido unir a dos adolescentes, entre los recovecos y bajo la roja luz de la calle noventa y sus desafueros. Ahí encontraban el sosiego los cuerpos brillantes de nuestros amigos. Pero ahí sólo iban los hombres. Las mujeres de quince años y colegio decente no teníamos sosiego.

Entre otras cosas por eso nunca se me antoja volver a los quince años. Tampoco me gusta recordar que los tuve en un mundo tan necio. Me revuelve pensar que nuestra piel de entonces no disfrutó ni se dio cuenta de que estaba siendo así por última vez, que nuestras piernas firmes, nuestros ombligos niños, nuestros pechos como de juguete no conocieron otros cuerpos ni dejaron entrar otras luces.

Quizá me pase la vida desafiando aquellas certidumbres, quizá del aplomo estúpido con que creía saberlo todo a los quince años se derive mi actual vocación por lo incierto.

Si es así alguna vez bendeciré mi necedad de entonces. Hoy mismo la bendigo por haberme traído a un reino permisible y audaz, a un reino con sus fortunas implacables y sus duelos como naufragios, a un reino donde el insomnio pesa tanto como el sueño y el miedo tanto como la libertad, a un reino desencantado y por lo mismo febril, al impredecible y fascinante reino de la verdad perdida. 